



(Camino que conduce á la moralla, entre Welfen y Bahlen.)

LA SUIZA SAJONA.

Son las cinco de la mañana; toda la posada está en movimiento; no se puede dormir. ¿Cuál es la causa de tanto ruido? Sin duda estoy soñando.—Son multitud de familias alemanas é inglesas que marchan á la Suiza sajona.—¿Cuánto tiempo se necesita para este viaje?—Cinco días lo más si se há de correr todo el país; pero si se quiere visitar solamente los sitios más notables, son suficientes dos días.—Tomo en fin mi determinación: me levanto y atravieso la plaza del Antiguo-Mercado, dirigiendo una mirada á las ventanas de la galería. ¡Ah, Virgen de Rafael! ¡dos días en verla!—El buque-vapor estaba ya humeando y se balanceaba cerca del puente; la campana había dado la última señal y se había levantado el áncora; todavía era tiempo.

Apenas principiaron á agitarse las ruedas, alemanas y alemanas piden café. Este es el más ligero refrigerio de los cuatro que indispensablemente toman cada día. Los habitantes del Norte no quieren creer que en el Mediodía hacemos solas dos comidas.—¿Cómo es posible, dicen, tener fuerza para trabajar?—Los hechos responden. París es indisputablemente el pueblo del mundo en que más se trabaja; y en donde el espíritu es más vivo, más activo y más fecundo en todo género de obras y conatamientos. Los hombres de estado, los banqueros, no hacen, á decir verdad, sino una sola comida á las

sieta de la tarde; apenas suelen mojar un poco de pan en un poco de chocolate ó café á las diez ó las once de la mañana. Cuando se cuenta esto á un alemán, le mira á uno con cierto aire de duda; y una sonrisa se asoma á sus labios como diciendo: «Yo no podría acomodarme á este régimen.»

Todavía estaba el cielo oscuro; el viento era fresco y el Elba corría muy rápida. Ya estábamos fuera de la ciudad; viñas, casas de campo, ventas y pequeñas aldeas se veían sembradas sobre las colinas á derecha é izquierda del río. Un alemán se levanta y me dirige la palabra en francés; me muestra una casita casi cubierta de verdor yerba que habla á la orilla izquierda del río: «Schille la ha habitado, me dijo; en ella compuso su tragedia *Juana de Arco*. En los días de huracán se paseaba solo en una hamaca sobre las aguas del Elbo; los truenos y las olas le inspiraban. En mi viaje no siempre me agrada la conversacion: la novedad de los objetos absorbe toda mi atención, y las palabras interrumpen la iluzion; el placer es este de adivinar lo que se aprende, no equivale las mas veces á lo que se supone; se llega siempre demasiado pronto á torcer los desenagños; pero este hombre tiene una fisonomía franca y simpática; es un comerciante de Breslau: se aturulla, buscando vuens, en una de sus esphaticaciones, y pregunta con este motivo á su hija, la que, según dice, habla mejor que él el francés. La jóven le dá ruborizándose la expresion que le pide, y baja los ojos sobre su libro. El padre continúa nombrándome todos los pueblecitos, todos los castillos y todas las mon-

tañas que un pasado.—He aquí delante el castillo de Pímitz; es tanta de verano del rey de Sajonia. Singular es su apariencia: sobre un cuerpo de fábrica bastante macizo, se ha prodigado el número de esgullones chinos; sin duda se ha creído dar así más ligereza al edificio; pero recuerdo «la bóveda tonda.» Y me preguntó (aunque sin impacientarme por la respuesta): «¿Por qué los reyes de Sajonia han tenido siempre tanta afición a lo chino?» El castillo es casi enteramente moderno: en 1818 se ha levantado en gran parte sobre el local de un antiguo edificio del siglo XIV.—Los aposentos de la reina, me dice mi obligado compañero, tienen vista sobre el río y se les llama «el palacio de las Aguas (Wasser palast); los del rey están situados al lado opuesto, y los llaman «el palacio de la Montaña» (Berg palast). Si bien lo entiendo, nada de notable hay en el interior del castillo, más que un vasto comedor cuya cúpula está sostenida por columnas y adornada de pinturas al fresco. Éste es el Pímitz, en el que el conde de Artois y Calonne hallaron un refugio en 1791. Se cuenta que en 1812 Napoleón, en el apogeo de su gloria, rodeado de príncipes y de reyes encorballados ante su poder, asomó entrando en Pímitz: «Aquí es donde he nacido!» Hablaba de aquella breve vida imperial que apenas debía durar dos ó tres años.

Estamos ya en la frontera de la Suiza sajona, y el paisaje va á mudar de aspecto, me dice el comerciante; y añade que esta parte de la Sajonia, en otro tiempo habitada por los Sorbos, no tiene más que diez leguas de largo y de ancho; que no su sabe por qué se le diera este sobrenombre, sino que en 1798 había aparecido en Leipsik un «Viaje pintoresco y romántico en la Suiza sajona» ilustrado con nueve hermosas láminas.

Las orillas del Elba se transforman insensiblemente: las colinas se presentan de pronto y sin anonciarse. A nuestra derecha encontramos la villa de Pirna, y al lado, sobre una altura, el castillo de Sonnenberg, convertido desde 1781 en hospital de locos. Se dice que es el mejor establecimiento de este género que hay en Europa: tiro, vilar, gimnástica, rica biblioteca, instrumentos de música, talleres de alta clase, y una vida admirable. Un camino de hierro sigue, de este lado, las tortuosidades del río. Se empiezan á descubrir montañas aisladas, circulares y truncadas, semejantes á fortalezas, que son las que caracterizan el aspecto de la Suiza sajona. A nuestra izquierda se dibuja una línea de rocas perpendiculares, de un aspecto salvaje, que se reflejan en el río. Aquí tenéis vuestra primera estación, me dice el comerciante, pues en podéis prescindir de enramarnos á uno de estos dos pueblecitos, Welßen ó Rathen, con que elegid.

Nadie se dirija á Welßen, y después de haber dado cordialmente las gracias á mi atento cicerone, que iba directamente á Hanigstein, descendí con una parte de los viajeros en Rathen.

Almorzo en un pobre y reducido meson. El huésped es un joven que por su traje y sus maneras, se le leería en Francia lo menos por un abogado; me asegura que no puedo evitar el arrollo de un guía, y me presenta un anciano del país que lleva sobre la chupa una medalla de cobre colgada de un cordón; incurro en la tentación de aceptarle. Entre una moneda floja, subimos una pendiente bastante dulce, entre peñascos, que me traen á la memoria ciertos trozos del camino de Génova á Bonneville, aunque no del todo semejantes.

Mi guía se detiene á cada paso; es asustado; cuando en los le permite hablar, grita hasta herirnos los oídos para hacernos comprender su patud, y él no comprende ninguna de mis preguntas. Con la punta de su bastón me señala, riéndose con complacencia, algunas de las bizarras formas de las rocas, que han sido bautizadas con nombres ridículos; aquí el *Kaisers-witz*, la nariz del emperador, ó la nariz de Luis XVI; mas lejos, la locomotora, y no sé que otras posibilidades; á esto se reduce la ciencia de mi hombre; así es que no deseo más que hallar una ocasión de pagarle y librarme de él. Los sitios que á la vista se ofrecen se hacen realmente notables; debajo de nosotros se abundan abismos de verdura; por intervalos la vista se levanta sobre una comarca de un aspecto enteramente nuevo para mí; se me figura ver, en medio de quebraduras de rocas y de llanuras desiertas ó cultivadas que el Elba atraviesa serpenteando, una innumerable porción de inmensa ciudades; las rocas al través de las cuales me elevó, se asemejan también á almenas y á torres; advierto entre ellas las ruinas de una fortaleza, y recuerdo con este motivo haber leído, que han sido por mucho tiempo la habitación de los lugraves de Bonn, terror del país, verdaderos bandidos que solo de las espaldas vivían. La primera roca que me he detenido es muy conocida de los viajeros: se llama el *Canope*; es una especie de pequeño banco cortado por la naturaleza en la peña, y desde el cual se descubre un magnífico panorama. El guía que me iba pegado á mí, me muestra con el dedo sobre la cima de una roca, una gruta inaccesible: la *gruta del Monje*, pero yo me agaché á seguir al punto una elevada, donde veo que es: va la mayor parte de los viajeros; y así va un guión de trank se sostiene entre dos peñascos, salida de una especie de bosque; algunos instantes después me encontré en la cima, en el fondo, entre brazos, como dice mi guía.

Mi primer cuidado al detenerme es pagar á este hombre intrépido, algo más de lo necesario por todo el día, y saludarle retirándome; pero esto no entra en su cálculo, y mirándome con un aire de sorpresa se dispone á seguirme; pero estoy muy determinado á no escucharle una, tengo bastante de soledad. Una parte de los viajeros se desajona en una excelente fonda que parece conveza en los aires; otros, agrupados sobre la plataforma, rodeada de una balaustrada al borde de la roca, contemplan el vasto paisaje, mientras que próxima á ellos ejecuta una banda de músicos la obertura de Freischutz, música que está en armonía perfecta con lo salvaje del lugar. Arrinconado en una esquina del fuerte, trato de no ver á nadie, á mi guía sobre todo, que con un desalentado tras de mí; propuesto á no pensar más que en el hermoso espectáculo que á mis pies se destaca, me abstraigo, siento apoderarse poco á poco de mí la embriaguez de la naturaleza, y olvido y admiro.

LOS AGUADORES.

El de cuatro arrobas y el de cuatro cuartillas.

La división que establece este epigrafe no significa que haya aguadores que pesen tres veces más que otros, por más que esto pudiera ser así, sino que hay dos especies de hombres que en diferentes proporciones se ocupan igualmente de humedecer al género humano. Si viviéramos de la moderna división de las escuelas médicas, podríamos llamar á los unos aguadores alópatas, y homeópatas á los otros; pero tan grande error es la distancia que separa á los médicos de ambas escuelas, es la diferencia que existe entre el aguador de las cuatro arrobas y el de las cuatro cuartillas; mas claro aun: entre el *aguador de agua* y el de *botijo*, entre el acarreador de agua asturiano y el madrileño.

Demos la preferencia al mayor contribuyente; al que trabaja en mayor escala con uno de los cuatro pies que sostienen la mesa redonda de este gran parador llamado Universo. Empecamos por él.

AGUADOR ASTURIANO.

Primero conviene advertir, con permiso de los Diccionarios y de las Academias, que la palabra aguador no significa fabricante de agua, sino traficante en ella. El agua en España, es como en todos los países del mundo, un líquido inodoro, trasparente, incoloro, etc., que tiene sus fábricas en las entrañas de la tierra, sin necesidad de que el género humano tome parte en sus talleres, y que cuando se le antoja toma la forma de gas y oscurece la tierra, ó la niega, y hace otro género de baquetarias por el estilo. Nada de esto puede impactar á nuestros lectores, ni aun servirles de noticia siquiera. Todos saben que el agua es la madre de la vegetación; que es un elemento que tiene sociedad íntima con todos los individuos de la naturaleza, y que aun el gran bosé, conocido con el nombre de mar, tiene los pequeños almacenes de las rios, arroyos, lagunas, etc., y una multitud de despuélos al por menor, conocidos con el nombre de manantiales. O abiertos espontáneamente por la naturaleza, ó por la mano del hombre, la tierra ofrece muchos surtidores de agua para que los mortales apliquen sus lábios cuando quierán apagar el fuego del estómago. Pero como no es posible que haya un manantial para cada individuo, ni que tenga la complacencia de irles á buscar á domicilio, como las empujeras del alumbrado de gas, cuyos brazos alcanzan á todas partes, de ahí nació la necesidad del aguador: especie de esponja eternamente colocada entre el agua y el fuego, para impedir que perezca ahogado el globo.

En España los cuerpos menos purosos son los que se han lanzado resueltamente á absorber la humedad para trasmitirla. Los asturianos, especie de hombres robustos, de talla elevada, de presencia noble, y llevando en sus puños las armas de la hidalgüa que los dejó el rey D. Pelayo, son los que abrazan con entusiasmo la carrera de aguadores. Madrid es la universidad donde aprenden esa ciencia, y en Madrid también es donde únicamente pueden ejercerla. Algunas personas han creído que para ser aguador no se necesitaba otra cosa sino educar o levantar izquierdo á llevar constantemente 4 y á veces 6 arrobas de peso, y esperar la ercha á estar siempre inclinada sobre el hombro derecho; pero esto no es verdad: la ciencia del aguador es mucho más vasta, y no se recibe fácilmente el grado de doctor en ella.

Vaya nuestros lectores la historia de uno de estos individuos, y sabrán de una vez la de todos los de su especie!

Pédro Covadonga, natural de las montañas de idem, tenía 13 años cuando en compañía de un hermano de su padre, agüador de uno de las fuentes de Madrid, salió de la tierra con un par de zapatos nuevos.

un pantalón y chaqueta de paño pardo, y 16 cuartos en ochavos en una bolsa de cuero. Hizo el viaje á pie, y llegó á la corte después de 15 días, con cuatro pesetas en monedas de plata, y el mismo par de zapatos nuevos con que había salido de su país. Esto último no tiene nada de particular: en vez de poner los pendientes de los zapatos, traja estos al hombro; y en cuanto al aumento de su capital, consistió en que en vez de venir dando limosna había venido pidiendo. Su tío empezó por presentarle á los paisanos y compañeros, y cargándole una cuba de las de tres arrobas, le llevaba en su compañía para surtir de agua á sus parroquianos. A los dos años de su estancia en Madrid, ya sabía perfectamente el oficio, y pretendió emanciparse de su tío. ¿Pero cómo hacerlo? — Para tener derecho á tener 20 ó 50 cubas diarias en una de las fuentes de la corte, se necesita haber obtenido una plaza de aguador de número, y estas, entonces como ahora, no se dan por oposición. De otro modo Perico habría alcanzado alguna; pero las plazas se venden, bien por el ayuntamiento su propietario, ó por el individuo que las sirve. La sola que á la sazón había de venta costaba 15 onzas de oro, y Perico tuvo que valerse del crédito de su tío para comprarla. Esto le dió la suspirada independencia, y á los cuatro años hizo un viaje á la tierra, después de haber reintegrado á su tío, y llevando sobre sí, cosidas entre el forro de la chaqueta, tres onzas de oro, producto de sus economías.

Perico solo se detuvo en su pueblo el tiempo necesario para comprar seis vacas, casarse y despedirse de su mujer, dejándola recomendada al Sr. Cura. Volvió á servir la plaza, que en su ausencia había desempeñado un amigo, y aumentó considerablemente el número de sus parroquianos, siéndole preciso tomar un ayudante. Surta de agua 40 casas, cobrando por su trabajo 10 reales mensuales donde llevaba dos cubas cada día, y 9 donde solo llevaba una. Sin aumento ninguno de precio se encargaba de las compras en la mitad de las casas, y admitía por vía de remuneración el sobrante de la comida de los señores, con el que se alimentaba sin tomarse el trabajo de esculcar las riandas, y vendía el resto á otros paisanos y aun en los bodegones de la corte. Por una habitación para dormir, pagaban él y 13 compañeros más, un real diario, y chapando los zapatos cada tres meses con medio real de clavos, conseguía tener siempre nuevos los que trajo de su tierra. Viviendo de esta manera conseguía ahorrar el producto total de su trabajo, que ascendía á 600 reales; sin que esta fuese su única ganancia, sino que encargado de las provisiones diarias de 15 casas, se hallaba al fin de cada mes, sin que él supiese nunca cómo se hacía el milagro, con 500 ó 400 reales de sobresueldo.

Semejante maravilla, conocida con el nombre de *sisa*, y que se reduce á comprar barato y vender caro, es una cualidad instintiva de los asturianos, que no les ha privado nunca de la nata de hoursados, de que son dignos por otras circunstancias muy recomendables. Cuando á las primeras horas del día duermen la mayor parte de los habitantes de Madrid, las llaves de la mitad de las casas están en poder de los aguadores, y jamás ha ocurrido un robo, ni ejecutado, ni consentido por ellos. La industria de la *sisa*, por la que no pagan contribución alguna, es, como hemos dicho, el sello de originalidad de los asturianos.

Perico estuvo seis años en Madrid, después de haberse casado en la tierra. Al volver á su pueblo, más de un niño le llamaba padre, y él no se desdijo de hacerles caricias, á pesar de estar ocupado en comprar nuevas vacas y nuevas langas de tierra.

Volvió á la corte y en ella sigue, hasta que pasados otros seis años vaya á dejarse nombrar alcalde, y á disponer que el mayor de sus hijos venga á servir la plaza de aguador.

Tal es en brevisimo resumen la historia de esa molécula integrante del pueblo de Madrid, que siempre con la sonrisa en los labios *ni sé, ni sé, ni sé*, otra cosa que el oro, las campanas que tocan á fuego, y el desempeño de su obligación. Para lo segundo suele estar sórdido muchas veces, y son necesarias las interpelecciones de los municipales para que acuda á llevar agua á los indios.

Su vocabulario, mientras está cumpliendo con los deberes de su oficio, se reduce á las siguientes palabras: *Alabado sea Dios*, al entrar en la casa. — *Quedes con Dios*, al salir de ella. — *Y roge ó no roge*, según hallan más ó menos llena la tinaja del agua en las cocinas.

EL AGUADOR DE BOTIJO.

Este otro sangrador de las fuentes públicas de Madrid, pertenece á un género enteramente distinto del que acabamos de describir. Su importancia está en razón del agua que conduce, y comparado con el anterior, es un sanguijuela que no saca más sangre que la que puede contener en el cuerpo.

Joven ó viejo, adolescente ó niño, el aguador que podríamos llamar *propiamente*, se hace de un hombre, un botijo, y una cista con cinco vasos de cristal ó de vidrio. Para dedicarse á esta profesión no se requiere ninguna clase de estudios preparatorios: basta el espíritu con tener alhaja el oficio, y capital para las primeras gestas del redu-

cido ajitar. Esta clase de aguador no necesita haber nacido en ninguna provincia determinada, y así puede ser madrileño como gallego; algunas hay de estos últimos, la generalidad son hijos de Madrid.

Pero entre los aguadores de botijo hay de todo, como en las demás clases de la sociedad. La mayor parte de los que andan recorriendo las calles de Madrid, cargados con un botijo y una cesta de vasos, no merecen ser tenidos por tales aguadores. Los que diariamente nacen y mueren en el oficio, sin que al abrazarle les moviese otro deseo que el de entretenir el hambre temporalmente, esos no pueden llevar el título de aguadores de número de la villa y corte de Madrid.

Aguadores hay que hacen á invierno y á verano, porque están perseguidos de que el agua es un artículo de consumo perpétuo. El de esta clase tiene privilegio especial para entrar á vender agua en uno de los tendidos de la plaza de toros, con cuyo motivo ve grutas las corridas, á las que tuvo gran afición desde niño. En verano, pasa las noches vendiendo *agua, azucarillos y merengues* en el Prado de Madrid; en invierno tiene su puesto en el asfalto de la Puerta del Sol, y cuida de pasar á la hora de los entreactos por la puerta del *Teatro Español*. Siempre pasa de-prisa por delante de las taberñas, temeroso de que algun borracho le rompa el botijo, y cuando encuentra algun niño que va de paseo con sus padres, pasa y cruza á su alrededor hasta despertarle la sed.

Tiene varios parroquianos diarios entre las gentes del paseo y las que transitan por las calles, pero la mayor parte de aquellos tienen domicilio fijo, y el aguador no falta nunca á llevarles su ración de agua.

El zapatero del portal de... bebe una vez al día... El herranero que pide en el jubileo para las necesidades de la monja de Barbastró bebe tres vasos; el hortera de cierto alhameño bebe dos vasos que no le pasa en cuenta su principal, y á estos y á otros muchos, sirve diariamente el aguador de botijo, antes de dirigirse al paseo ó á los teatros.

Su recomendación diaria no pasará de doce reales, ni baja de seis; se puede decir por término medio que gana un jornal de nueve reales, con lo cual puede aplicarse lo que cualquier otro ciudadano de su clase á casarse, y á comprar cuatro botijos, doce vasos, seis sillas, un sofá y dos faroles, para establecer un puesto de agua en el salón del Prado. ¡Oh! ¡este es el bello ideal de un aguador!

ASTORIO FLORES.

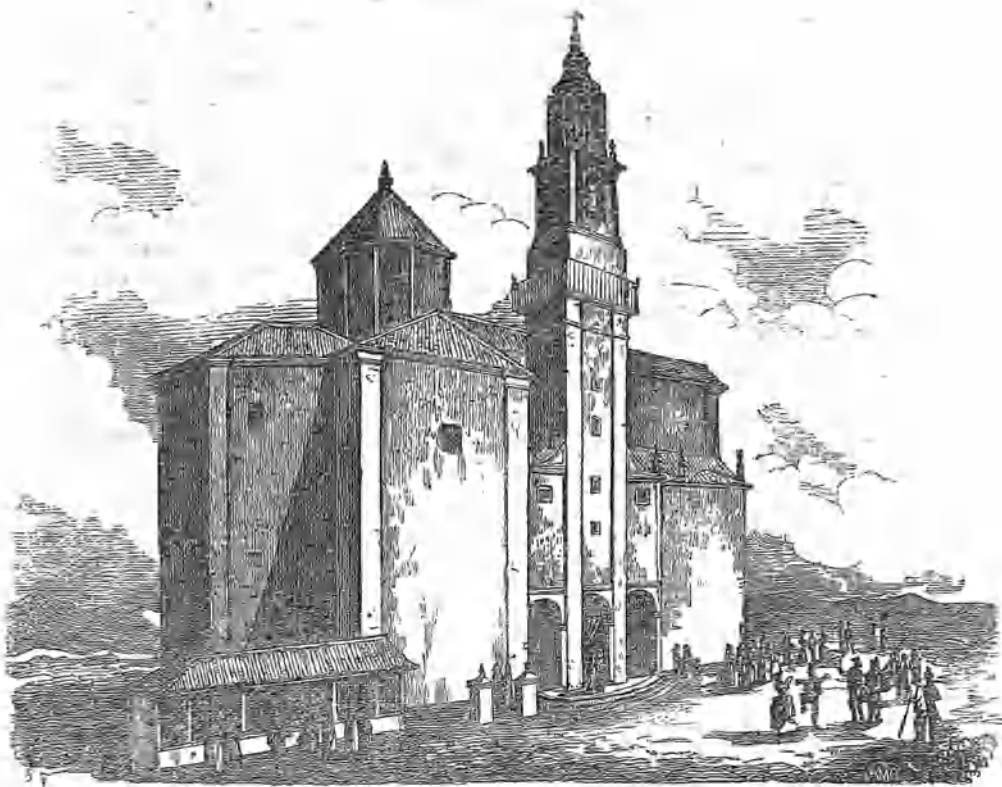
Santuario de los Desamparados en Abadés.

Las romerías son las peregrinaciones de pueblo á pueblo; son el último estalio de las costumbres antiguas. Sobre estas voluntarias ovaciones han pasado doce siglos: empero se conserva esta venerable tradición porque representa la fe de nuestros antepasados, única herencia que no ha venido á menos con el tiempo. Galicia es por excelencia la provincia de los santuarios, y por consiguiente de las romerías: *Saa Andrés de Teixido, las Herminas, los Milagros, los Desamparados y la Escalvada* son lugares visitados en todas las estaciones del año, bajo los rayos de un sol canicular ó con la escarcha del invierno. Allí van diez ó veinte familias, desde los ancianos encorvados que visitarán por última vez el Santuario, hasta los infantes que harán por primera vez las vestiduras de una Virgen. Las dolencias del cuerpo se curan como los quebrantos del alma. Los ex-votos se dejan en los Santuarios; las ofrendas se depositan en los altares; aquí se reconoce la estampa de una curación milagrosa, allí se distinguen las muletas de un paralítico curado. Los romeros llevan para sus casas el cumplimiento de un voto, algunas indulgencias y en algunas partes ramos de tejo entrelazados con rosas de huevó.

El Santuario de los *Desamparados*, cuya vista presentamos á nuestros lectores en este artículo, merece una exacta y detallada descripción por las proporciones de su fábrica y por el justo y merecido renombre que conserva entre los habitantes de Galicia. Antes de llegar á esta reclusa iglesia, acompañaremos al romero en su viaje de *Lugo á Abadés*.

Al llegar á la altura del *Picalo*, el viajero reconoce en el barrio de San Roque de Lugo el último estalio que une el antiguo convento-judicio de los romanos con sus amenas y floridas alrededores. Es un barrio fuera de puertas. A la hora, recorre las famosas herrerías de *Gavia* donde el higo se encuentra casi depurado, y viniendo el torfuoso y áspero camino que conduce á las ventas del *Nardo*—lugar privilegiado para las sorpresas en despoblado—observa la elevación de la sierra, que se presenta aterridora y sombría en medio de un páramo dilatado, documentó las alturas del *Faro, Farola, Bocio*, y las apretadas montañas del *Cabrero*.

De pronto la perspectiva se resume. Á la *splendid sacred* el agio-



(Santuario de los Desamparados en Abades.)

meamiento visual de las aldeas, iglesias y torres antiguas: á la aridez pedregosa del suelo, lo florido de los solos de robles y castaños. El viajero distingue entonces á Monterroso. La división de las provincias de Lugo y Pontevedra se avecina: en San Esteban del Castro Amaranís la prevalece el viñero observador. De la edad media se pasa al espíritu comercial de nuestros días: del antiguo palacio de los antepasados del Marqués de Comarasa, á la feria de la Gofada, que es celebrada en un prolongado soto de robles para templar en verano los ardorosos rayos del sol; El río Arnego, que atraviesa entre dos pendientes sacaburras, anuncia la proximidad del territorio de Desea.

Esta comarca está sembrada de casas solariegas donde la galante hospitalidad es una tradición de familia. La frescura de los campos y la amenidad de los solos forman el variado panorama donde se encuentran los pueblos de Lalin, Domamiro y Donación. Lo secular levanta su cubera en medio de los campos; los castros, que los antiguos presentan ya como templos druidicos, ya como atalayas romanas, y que sirven en la actualidad de oteros á numerosos rebañes ó de cazaderos á esperlos cazadores.

El río Desea sale al encuentro del viajero bajo el antiguo puente de Tuboada, y sorprendido mas tarde por la eminencia en que se ha construido la Iglesia de Sallada que ocupa el punto mas elevado de *Tras-Desea* como la atalaya del territorio, se detiene delante del río Taja, el cual, corriendo desde aqui por Manduas y Pazos, se precipita en un abismo de 130 pies de altura. Esta es la célebre y sorprendente cascada del Tajo.

A una legua de distancia, dejando á la espalda á Chapa y á la concurrida feria de Labandeiro, se encuentra el celebrado Santuario de los Desamparados. Se llega á la ermita por entre granjas y viñedos que cautivan la atención del viajero. En los días de festivo religioso el repique de las campanas de la iglesia es interrumpido por los voladores cuya luz aumenta las proporciones de la torre. Aqui el humo sube en revueltas espirales revelando una familia de romeros zampada bajo los robles; allí una orquesta improvisada con flautas, clarinetes y tamborillos realza el público regocijo. Grupos variados de limoseros y naranjos embalsaman la atmosfera y embellecen la interesante perspectiva del recinto que circunda el arroyo *Cervaniña*. La devoción aparece en este lugar con el fervor espontáneo de la verdadera fé. El viajero es acogido por los romeros como un hermano de peregrinación,

y se vé obligado á aceptar las frutas y licores que le ofrecen á porfía en nombre de la mas franca cordialidad.

El Santuario de los Desamparados, mas que una iglesia de aldea, parece el templo de una villa. Nosotros vamos á presentar á nuestros lectores una rápida descripción de esta iglesia, teniendo en cuenta el exámen facultativo del apreciable y entendido profesor de dibujo don Bartolomé Teixeira, á quien debemos la copia de este monumento arquitectónico.

La fábrica del Santuario de los Desamparados es de piedra sillar. El cuerpo principal de la cruz que forma su planta, está sostenido por columnas historiadas que rematan en cornisas del orden dórico, sobre las cuales descansan los arranques de la bóveda, con su cúpula sostenida sobre cuatro pilares del mismo orden. Contiene cinco altares tallados en grande escala: el mayor es formado por dos cuerpos, diversos en el orden arquitectónico, y enriquecidos con imágenes de una inteligente ejecución. En su parte interior se encuentran los dos púlpitos y el órgano, y para la mayor conservación de las ricas vestiduras y demas alhajas de plata que contiene el Santuario, está servido por seis capellanes que asisten á la iglesia sin interrupción (1).

En su parte exterior llama la atención del viajero la puerta lateral, compuesta de tres arcos, la cual sirve generalmente de entrada á las personas que visitan el Santuario. Sobre el arco de anjedio se levanta la torre de la iglesia, construida con tanto aplomo como gallardía. Casi á los dos tercios de su elevación arranca un corredor con verjas de hierro y remate de bronce visitado por los romeros como un tributo de la festividad religiosa, despues de tocar sus medallas á la imagen de la Virgen.

Hé aqui los principales detalles de este concurrido Santuario, cuya celebridad atrae un número considerable de devotos, y esperamos que nuestros lectores apreciarán en su verdadero valor esta sencilla, pero exacta descripción, porque algunos monumentos arquitectónicos, no solo merecen una pública apreciación por sus bellezas artísticas, sino tambien se valian por su significación religiosa. El viajero no encuentra en el Santuario de los Desamparados un templo de proporciones extraordinarias en el cual los arqueólogos descubren los restos venerables de otros siglos; empero reconoce de una mirada el valor

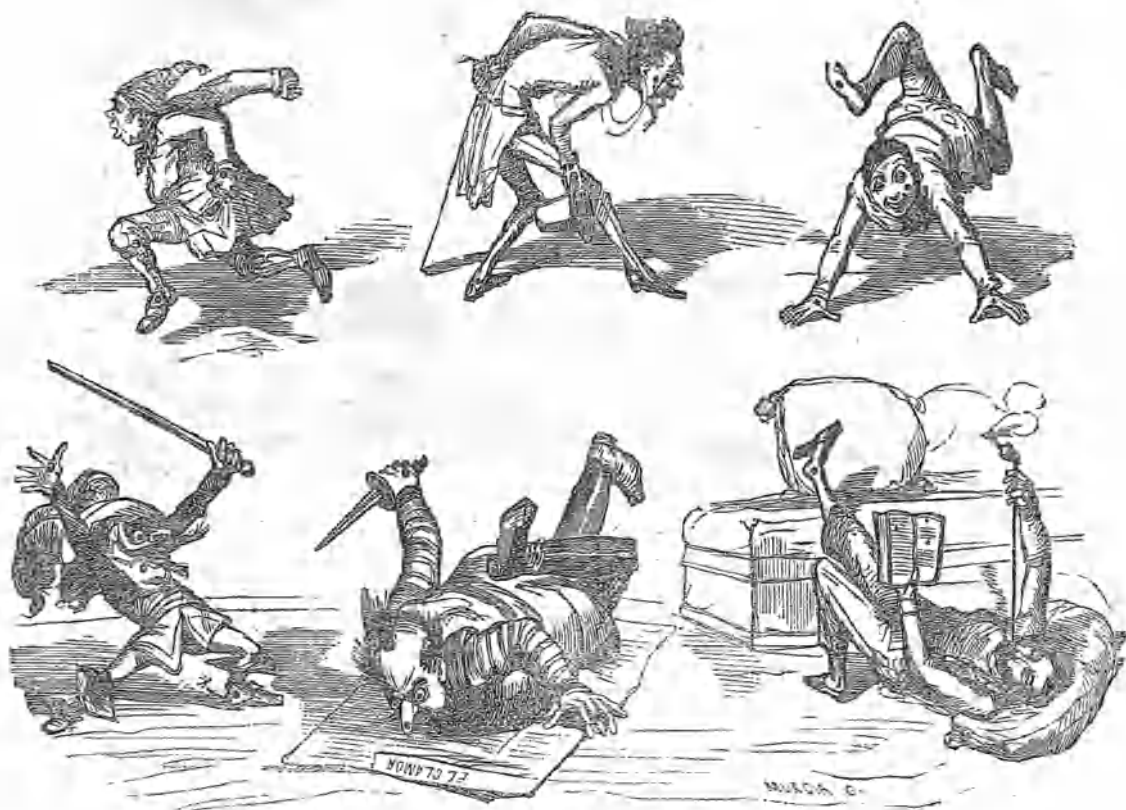
(1) El actual cura párroco de esta iglesia, el ilustrado y estudioso Dr. D. Bernardo Canós y Corral, secretario del Illmo. Sr. Obispo de Lugo, es un culto inspi-

y la importancia que ha dado la verdadera devoción á esta iglesia construída en medio de una amena y florida comarca (1).

El Santuario de los Desamparados de Abades no solo debe ser apre-

ciado como un monumento artístico, sino también como un monumento religioso.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



LOS CINCO PUNTOS.

El presente dibujo es un capricho curioso, que prueba la habilidad de un pintor, á quien le presentaron un papel marcado con varios puntos negros, sobre los cuales debía trazar una figura en tal actitud, que los puntos caprichosamente trazados coincidieran con los extremos de la figura. El problema no carecía de dificultad: los puntos eran 15 y estaban agrupados de 5 en 5, á la manera que en la baraja, en el dominó ó en un dado, en esta forma (. . .), y el artista debía imaginar seis figuras enteramente distintas una de otra, luchando con la simetría euharazosa que le habían impuesto. El lector puede examinar cómo supo vencer las dificultades el dibujante, trazando, no un croquis cualquiera, sino seis personajes correctos, que al propio tiempo que la travesura del pintor, revelan su habilidad y su talento.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido,

PROVERBIO EN ACCION.

PERSONAS.

NARCISA, joven de 18 años, mujer de GONZALO, capitán de artillería.
JACINTA, joven de 19 años, mujer de ROBRIGO, capitán de artillería.

ESCENA I.

Una sala en una casa de Sevilla.

NARCISA.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Sí, sí, mil y mil veces me lo ha repetido mi madre: era su máxima favorita, la

báse fundamental del código matrimonial. Cuando mi primo Alvaro, que ha estado en Francia, le decía que era ese un refrán mas viejo que la torre del Oro; y que oía á rancio, mi madre se ponía furiosa: decía que las buenas máximas no envejecen, y que la verdad es eterna. Bien está; pues vamos á ver cómo pone mi madre sus máximas en práctica.—Destinan á Cádiz el regimiento de artillería á los seis meses de haberme casado con Gonzalo; y esta señora, bajo pretexto que la estada de los artilleros en aquella plaza no es permanente, dice que no vale la pena de poner casa; que soy muy joven; que estoy muy bien á su lado, y otras especiosas razones: determina que me quede aquí, á pesar de irse Gonzalo, y sin ninguna consecuencia á su querida máxima, separa así á la mujer de su marido. El resultado es que hace ya cuatro meses que está allí el regimiento, y no se trata aun de su vuelta; y ni mi querida madre se acuerda de aquel refrancito que no se le caía de la boca, ni Gonzalo tampoco. Todo se le vuelve escribirme unas cartas muy tiernas; pero entretanto apostaría que se está divirtiendo en grande lo mismo que un soltero, y mucho mas ahora que viene el Carnaval; y yo entretanto encerrada herméticamente, puesto que dirá ese ausente marido, que entre dos que bien se quieren, con uno que se divierta basta.—¡Esto es una atrocidad!—Me revelo contra las dos potestades; la materna y la conyugal, una vez que (segun dice Alvaro, que ha estado en Francia) son insoportables tiranías.—Tengo hecho mi plan, y si mi prima Jacinta, que viene á pasar con nosotros el Carnaval, y que está en el mismo caso que yo, hace causa comun conmigo, llevaremos mi plan adelante.—¡Pero Jacinta es tan corta, tan pacífica! ¡Puesto que está perfectamente conforme con su suerte!—Las genies fleumáticas; deberían tener cada tres dias una calentura para desecuarles la sangre.—Pero suenan pasos... ella es.—¡Jacinta! (*Entra Jacinta, y caen en brazos una de otra.*)

ESCENA II.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¡Gracias á Dios que llegaste! pues si siempre hallé el mayor placer en verte, cuánto mas será en esta ocasión en que con-

tor del Santuario, consiguendo con sus atenciones en el esmero y diligencia con que acompaña su honroso cargo.

(1) Coete de esta ermita, en el Campo Marzo, se encuentran algunas ranteras abundantes en serpientes, con la que los habitantes de sus alrededores cubren sus caminos y retiran sus heredades. Entre la diversidad de cobres de este mineral, se cuentan las de fondo blanco con vetas aplomadas, y las blancas con vetas varías.

to, como lo hace mi madre con añejas reminiscencias, (canta) *De mi juventud la flor pasó en floreo y soledad...*

Jacinta.—Hija mía, las que como nosotras se casan con militares, tienen que llorar ausencias.

Narcisa.—No lo creas; mi madre me ha predicado siempre esta máxima: matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido...

Jacinta.—Y la mía también.

Narcisa.—¡Pues ya ves!—pero cuando el feroz egoísmo materno entra en juego, se olvidan de sus máximas las señoras madres; quien ve una las ve todas: tiranas por amor, irreflexivas por pasión. Pero, hija mía, en cuatro meses de ausencia yo no sé lo que tú habrás hecho; yo me he aburrido mucho y he hecho serias reflexiones.—¿Acaso te parece regular que este Carnaval esté tu marido y el mío divirtiéndose a dos carrillos, brincando en los bailes, riendo en los teatros, y estamos tú y yo llorando como dos Didos abandonadas?—Nada de eso.—En el santo matrimonio todo es divisible: lo bueno como lo malo; quien no mire bajo ese punto de vista a ese dios Himeneo que coronan de rosas, merece ser turco.—Así en mi mente bulle un pronunciamiento.—Estoy conspirando una conspiración para la que he formado un proyecto magno.

Jacinta.—¡Ay Narcisa, me asustas, pues si te se pone en la cabeza, lo llevas á cabo por más que de ello se te quiera desacabar.

Narcisa.—Por supuesto, mucho mas cuento que me propongo poner en práctica la loable máxima que me enseñó mi madre.—Oyeme, pues.—Nuestros maridos (¡Dios los guarde!) son amigos y compañeros desde el colegio.—Seguramente viven juntos en Cádiz.—Vamos á ver, ¿dónde vive el tuyo?

Jacinta.—Calle de la Comedia, núm. 90, frente al teatro.

Narcisa.—Justamente, ese es el sobre que pongo á mis cartas.—Pues mira, allá nos vamos á sorprenderlos.

Jacinta.—¡Jesús! ¡nosotras! ¿cómo?

Narcisa.—Metiéndonos en el vapor sin pedir auencias ni pasaporte, puesto que, como dicen mi madre y la tuya, matrimonio bien avenido...

Jacinta.—¡Pero cómo! ¡viajar solas!... ¡Jesús!...

Narcisa.—Nos acompañará nuestro viejo mayordomo, que me ha visto nacer y me quiere tanto que nada sabe negarme.

Jacinta.—No, no, yo no tengo valor, Narcisa.

Narcisa.—¿Con qué no tienes valor para seguir los preceptos del Evangelio, que mandan abandonar padre y madre para seguir al marido?

Jacinta.—Pero eso será cuando nos llamen.

Narcisa.—El precepto no trae semejante cuando.

Jacinta.—Yo creo que hacemos mal.

Narcisa.—Pues yo estoy segura de que hacemos bien.

Jacinta.—No me atrevo, no.

Narcisa.—Pues quédate; lo que es yo me voy de todos modos, y te escribiré como he hallado á Gonzalo y á Rodrigo, si nos divertimos mucho y qué tal me gusta Cádiz.

Jacinta.—¿No es mejor aguardarlos?

Narcisa.—¿Otros cuatro, otros ocho meses, un año quizá?—No, pues entretanto... hija mía, las gaditanitas son muy seductoras... apuesto que Gonzalo á la hora de esta, sin ser zapatero, sabe las dimensiones de los afirmados pies de las gaditanas.

Jacinta.—¡Qué malos juicios, Narcisa! Por mí, estoy persuadida, á pesar de que Rodrigo lo que mas admira en la mujer es un buen cabello, no sabe siquiera si las gaditanas peinan pelo propio ó peluca.

Narcisa.—¡Qué sencilla eres, hija mía! bien se ve que te has urdido en un lugar. ¡Si vivieras en capitales, verías unas cosas!!!

Jacinta.—Eso no es de mi cuenta.

Narcisa.—Ni de la mía tampoco, gracias á Dios: lo que sí lo es, es el estar al lado de mi marido, como Dios manda. ¿Tú te quedas?

Jacinta.—No me atrevo á hacer otra cosa. ¡Dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años emanciparse así, sin autorización de nadie!, desengañate, eso sería muy mal visto.

Narcisa.—Atienda: dos cosas que son completamente contrarias, que son la antítesis (como dice mi padre, á quien gustan los términos) una de otra: si la una es mala, ¿qué será la otra?

Jacinta.—¡Será buena, es claro!

Narcisa.—Bien está; por consiguiente si la mujer que huye del lecho doméstico y abandona á su marido para seguir á otro es una solenne picarona, la que hace cabalmente todo lo contrario será una buena mujer.

Jacinta.—En eso tienes razón; pero si no nos lo mandan...

Narcisa.—¿No has oído decir siempre que el bien que se hace espontáneamente tiene mas mérito que el que se hace solo por obligación?

Jacinta.—Eso también es verdad.

Narcisa.—Mi madre siempre dice que María Luisa, la mujer de Napoleón, taló á sus deberes no siguiéndole á Sta. Elena; pues en

el mismo caso estamos en no seguir á nuestros maridos á Cádiz.

Jacinta.—Pero...

Narcisa.—Idéntico: no hay peros ni rameras.—El padre de aquella no quiso; las madres nuestras están igualmente por la ausencia.—El mundo y todos los corazones sensibles hubieran aplaudido á la mujer de Napoleón por su desobediencia; lo mismo nos aplaudirán á nosotras.

Jacinta.—¿Lo crees?

Narcisa.—¡Tengo evidencia!

Jacinta.—Y como tienes mas mundo que yo.

Narcisa.—¡Muchísimo mas!

Jacinta.—¿Y nos recibirán bien?

Narcisa.—¡Pues tendría que ver! ¡Después de semejante prueba de amor conyugal, nos levantarán un altar!

Jacinta.—Y si mi madre se enfada ¿tomarás tú sobre ti?...

Narcisa.—Todo lo tomo sobre mí. ¡Vaya! ¿no sabes acaso la fuerza y valor que dan el cumplimiento de un deber?

Jacinta.—¡Pues Dios vaya con nosotras!

Narcisa.—Dios va con todo el que obra bien.

ESCENA III.

Una casa de huéspedes en Cádiz.—Una sala: á cada lado una parrilla de trastes, que comunica á dos alcobas.

NARCISA.—JACINTA.

Narcisa.—¿Con qué estás bien enterada?

Jacinta.—Enterada sí, convencida no. No me atrevo: como quieres que me ponga yo tan caridatana y tan sin modestia á llamar la atención de tu marido, sin conocerlo siquiera?—¡Quita allá, eso es una cosa muy fea! ni sé ni quiero.

Narcisa.—No lo conoces, ¿qué le hace? ¿no sabes que es mi marido, por consiguiente tu primo, y que has de quedar justificada sobre la marcha? ¡Jesús, qué premiosa eres! yo tampoco conozco á tu marido, y con saber que lo es, estoy tan dispuesta á hacerle algunas coronitas, á poner en juego mis gracias y monadas, como lo haría en una comedia casera. Te he de probar, ya que tanto disputas lo contrario, que los maridos ausentes de sus mujeres se ven tras de los reclamos como las perdices.

Jacinta.—Y si yo por desgracia viviese en un dulce error, ¿para qué quieres desvanecerlo?

Narcisa.—Para que vivas prevenida y aprecies en todo lo que vale la prudencia de mi determinación (antítesis, como dice mi padre), de la conducta de María Luisa.

Jacinta.—¿Pero qué quieres que haga? ¿qué quieres que diga si yo no sé?

Narcisa.—Entra en tu cuarto, obsérvame por entre los vidrios de la puerta de cristales, y después imítame en un todo; ¡verás qué bien hago mi papel, y qué mona me pongo!

Jacinta.—¡Ya lo creo! tú lo eres siempre. ¿Y si se enamora de veras de ti?

Narcisa.—¡Qué simplicidad, hija mía! ¿acaso no te quiere á ti? ¿acaso se enamoran los hombres en un día? Lo que te quiero probar es que cuando los maridos están ausentes de sus mujeres, miran mas de lo que conviene á las demas. Desengañate; el corazón de los hombres es un pájaro, y nosotras las jaulas.

Jacinta.—¡Ay, Narcisa! ¡qué sobresaltada estoy desde que llegué á Cádiz! ¡qué fortificaciones presenta por todos lados! ¡me parece un caballero antiguo bajo de su armadura!

Narcisa.—Pues á mí me parece muy alegre, y una blanca nina bañándose en el mar.

Jacinta.—¡Estoy inquieta como si hiciese una cosa mala!

Narcisa.—¿Mala? ¿pues qué! ¿hay cosa mas virtuosa, mas legal, que venir á buscar dos mujeres á sus consortes legítimos, indisputables, estrechando así una union santa y respetable?

Jacinta.—Venir así escapadas...

Narcisa.—El fin justifica los medios.

Jacinta.—Un buen fin no se debe alcanzar sino con iguales medios.

Narcisa.—Estás muy atrasada de noticias y de máximas. Pero oigo pasos: ellos deben ser; tú á tu cuarto y yo al mío, observa.

(Cada una se encierra en su cuarto.)

ESCENA IV.

RODRIGO.—GONZALO.

Gonzalo.—Parece que han llegado huéspedes.

Rodrigo.—Sí, dos señoras.

Gonzalo.—¿Y cuáles son?

Rodrigo.—Dicen que son dos hermanas con 20...

Gonzalo.—¿Y á qué viene?

Rodrigo.—No me lo han sabido decir: quizá venga empleado, categoría muy estensa y muy ambulante.

Gonzalo.—¿Y le han dicho qué tales son las señoras?

Rodrigo.—*¡Vivaces, lindas y distinguidas!* pero el tío es un hecho.

Gonzalo.—*¡Estraña anomalía!* ¡pero se hallan tantas en los tiempos que corren en este mundo redondo!

Rodrigo.—En fin, me alegro que tengamos tan buena vecindad.

Gonzalo.—¿Qué te importa?

Rodrigo.—Nada, es cierto; pero nada me importa tampoco mi día nublado y un día de sol, y me gusta más el primero. Has encargado los dominós para esta noche?

Gonzalo.—*¡Ay, que me se ha olvidado: ¡rogiendo su sombrero!* El que no tiene cabeza que tenga pies: voy en un vuelo.

Rodrigo.—Mientras me pondré á escribir á mi Jacinta.

(Se sienta y escribe.)

«Jacinta de mi corazón:

(Jacinta entreabre la puerta y hace un movimiento para lanzar se hacía su marido. Narcisca se asoma con precaución á la otra puerta, y le detiene haciéndole repetidas señas.)

ESCENA V.

RODRIGO escribiendo; NARCISA y JACINTA acuchando.

Rodrigo.—*«¡Qué domingo de Carnaval tan triste para mí, pues de ti estoy ausente! Recuerdo, Jacinta mía, que ahora hace un año, habiendo obtenido licencia para pasar esta alegre temporada en casa de mis padres, te dije á ti, á quien había dejado mía, transformada en una jóven encantadora; á ti, que habías de ser mi primero, mi único, mi eterno amor. Me admitisteis por compañero espontáneamente, como yo te había elegido á ti por único bien.*

(Jacinta hace otro movimiento. Narcisca la detiene con impaciente peticiones.)

«¿Qué labrar tu felicidad, y lo haré; confía en mi cariño como yo en tu constancia...»

(Jacinta se quiere de nuevo precipitar hacía en marido. Narcisca le hace señas, y para distraer la atención de Rodrigo sale de su cuarto haciendo ruido. Rodrigo se vuelve á aquel lado, la ve y se levanta.)

Narcisca.—Perdonad, caballero; creí que estaba sola esta estancia, y pasaba para ir á la habitación de mi hermana.

Rodrigo.—Señora, vos sois la que tiene que perdonarme el que esté aquí estorbando vuestro paso, y desde luego me retiro. *(Aparte.)* ¿Qué linda es! *(Coge sus papeles para irse.)*

Narcisca *(con aire muy amable)*.—No consentiré por cierto que os incomodeis por mí; os suplico que sigáis escribiendo, tanto más, cuanto que supongo que será una carta de gran interés.

Rodrigo.—No, no, no corre prisa: no es aun hora que salga el correo.

Narcisca.—El corazón siempre tiene prisa en expresar sus afectos: y si sea carta es para alguna persona que os interesa...

Rodrigo *(aparte)*.—*«Estraña franqueza, por no decir desenvoltura, hay en este lenguaje de parte de una señora! —Si no me engaño, ella ha de pertenecer á la escuela de la mujer emancipada.—Si fuese tal... (Recio.) No, señora, no; era una carta, era unos versos que escribí para pasar el rato.*

Narcisca.—*«Pero á alguien serán dirigidos esos versos?»*

Rodrigo.—No, no tengo á quien dirigidos.

Jacinta *(asomada á su puerta y aparte)*.—Ah traidor.

Narcisca.—¿No? ¿es muy extraño! A vuestra edad y con vuestro mérito, las conquistas deben de seros muy fáciles!

Rodrigo.—No me hisonjeis, porque si me engieses, podría dar pábulo á que me aquejase un amargo desengaño! *(aparte)*: Tanto desearo, con un exterior tan distinguido, pasara!

Jacinta *(aparte)*.—*«Hay valor para ser tan provocativa con un hombre, aunque sea treinta mil veces primo?»*

Narcisca.—Decidme qué escribais versos y que no eran amorosos; siendo así, no pienso que sea una indiscreción suplicaros que me los leyáis. ¡Me muero por los versos! ¡Los versos son música celestial!

Rodrigo.—Con gran placer os los leeré; pero podéis estar preparada que si antes os habieta conocido, otro hubiera sido el objeto que me los hubiese inspirado.

Narcisca.—Sois pálido, no lo extraño: palar es sinónimo de caballete.

Jacinta *(aparte)*.—*«¿Hay paciencia para esto?»*

Narcisca.—*«Ansío por oír los versos.*

Rodrigo *(aparte)*.—*«¿Qué extraño exigencia! ¿qué la leeré, yo que yo ni yo á mi compuesto un verso? ¿pero ya caso! aquí tengo lo que necesito. Toma un papel de sobre la mesa...»*

Narcisca.—*«La que traza!»*

Rodrigo.—Son versos de un guerrillero. Los he compuesto para recitados en los fosos de la muralla de la puerta de Tierra, en que hay un eco maravilloso, y donde los suelo recitar ante mis compañeros, á quienes agradan mucho.

Narcisca.—Pues vamos á los fosos de la muralla, y allí me los leeréis. ¡Me gusta tanto, tanto, el eco, esa voz del aire, que cual él, no se sabe de donde viene! Ved, casualmente tengo puesto el velo; ¡pues iba á salir!

Rodrigo *(aparte)*.—*«L, pajarita ésta, está perfectamente domesticada. ¡Tan linda, tan fina! ¡Fíese V. de las apartencias! (Alto) Señora, nunca mas honrado.*

Narcisca.—Vamos pues, á oír el eco; ¡esas palabras al aire que no salen del corazón! es una cosa muy rara, ¡un fenómeno!

(Rodrigo le ofrece el brazo, y se van. Jacinta sale de su cuarto y corre tras ellos; pero Narcisca, ya fuera de la sala, asoma la cabeza y le dice):

Narcisca.—Aguárdame, hermana, aguárdame con paciencia, no tengas cuidado, que pronto vuelvo: y ten presente que tienes que hacer lo que te dije.

ESCENA VI.

JACINTA, sola.

(Se deja caer sobre una silla llorando.)

¡Ay! ¡Dios mío! ¿Quién lo hubiese creído? ¡infel! ¡infel! ¡en el mismo momento en que me escribía aquella carta! y Narcisca, ¡con qué desfachates ha sido provocativa! lo que está pasando, es un escándalo; jugando, jugando están labrando mi infelicidad, ¡Perversa amiga! ¡marido inicuo! ¡quién pudiera vengarse de ambos!

(Concluírá.)

FERNAN CABALLERO.

ESCLAVITUD EN ROMA.

Tuvieron esclavos todos los pueblos griegos de la antigüedad; los tesalencos sus prénestos, los cretenses sus clarotes, los de Argos sus jinetes, los sicónicos sus corineforos, los macedonios sus ilotas, etc.; razas desgraciadas que formaban en su origen otros tantos pueblos, y que la derrota puso á discreción del vencedor.

Habia en Roma esclavos de diferentes naciones, la mayor parte prisioneros de guerras, hechos á los varios pueblos que atacaba sucesivamente la república. No era la guerra la única causa de esclavitud, pues era á veces efecto de un castigo aplicado por la ley á los desertores, traidores ó refractarios.

Consistían las principales disposiciones del derecho romano relativas á la esclavitud en:

«No ser el esclavo persona, sino cosa; no poder poseer nada por ser él mismo de propiedad ajena; no tener consideración alguna en la vida civil; no poder atestiguar en justicia; no poder accionar en ningún tribunal; no poder testar; ser su dueño su heredero legítimo y el que heredaba en su lugar cuando era nombrado en algún testamento; poder dividirse su propiedad poseyendo uno el usufructo y otro la simple propiedad; y que por la ley ninguna injuria se le irrogaba teniendo solo su dueño el derecho de darse por ofendida de su persona.»

Ejercían en Roma los esclavos todos los artes y oficios; eran médicos, arquitectos, músicos, notarios y hacían el comercio por cuenta de sus dueños. Casi todos los que tenían escritorios ó tiendas eran esclavos ó libertos, y siempre que se suscitaba alguna dificultad en los negocios, se dirigía la acción contra sus dueños á pesar de haber contratado con los esclavos.

Trabajaban los de ricos ciudadanos, en casa de sus dueños, donde había para cada ocupación un taller llamado *orgastulum*, y se vendían sus trabajos á beneficio suyo. Era á veces tan numerosos los esclavos en estas casas, que ocupaban el sitio de un pueblo; que se necesitaban nomenclatores solo para retener é inscribir sus nombres. Cuenta Atieno que había particulares que poseían hasta veinte mil esclavos, y refiere Plinio, que Claudio Isidoro declaró en testamento que habiendo perdido mucho en las guerras dejaba solo 4,416 esclavos, 5,000 pares de bueyes, 250,000 cabezas de ganado y 600 millones de sestercios.

Llevábase al mercado el esclavo que se trataba de vender y le esponeba desnudo en una especie de caja, llamada *calasta*, para que pudiera examinar unocionalmente el comprador todas las partes de su cuerpo. Ordenáron los ediles que se pusiera al esclavo que se lleva-

al mercado un cartel que anunciase sus buenas calidades ó defectos; y á los extranjeros que no se les conocía bastante para garantizarlos, los esponian con manos y pies atados, y cubiertos de una especie de gorro llamado *pileus*.

Cita Plinio varias ventas de esclavos de su época á precios muy sabidos: un entendido gramático fué vendido por doscientos mil sesertorios. Fijóse mas tarde un arancel de precios de esclavos por su edad y profesion; por un médico debia pagarse sesenta sueldos de oro; por un notario cincuenta; por un eunuco menor de diez años, treinta, y por uno de mayor, cincuenta; valor general de los esclavos en el siglo sexto que puede verse en el reglamento del emperador Justiniano del año 550.

Débase tener cuidado en distinguir los esclavos rurales de los domésticos ó urbanos. Los primeros que hallamos designados con multitud de nombres, tales como *colonos*, *tributarios*, *originarios*, que indican condiciones muy diversas, estaban ocupados en las posesiones á trabajar los campos, en vez de trabajar en el interior de las casas de las poblaciones, y eran á veces verdaderos esclavos de la tierra que no podían ser vendidos sin su dominio, y á los que se confundia con el nombre genérico de colonos. Tenian por habitacion un subterráneo iluminado por una angosta buharda donde pasaban la noche encadenados, y por alimento una racion de granos, sal y legumbres. La union del esclavo no estaba consagrada por el matrimonio: tenia que recibir la compañera que su dueño le señalaba y no tenia ningun derecho sobre sus hijos, que se hacian de la propiedad de este. En el verano vestian los esclavos colonos una corta túnica, y en el invierno unos viejos calzones que les daban para que pudiesen trabajar en el campo en el tiempo riguroso.

Por dura que fuese la existencia de los colonos, era aun mas desgraciada la de los esclavos domésticos, espuestos continuamente á todos los caprichos y malos tratos de sus dueños. Conocido es el hecho de Polion, que por haberle roto un vaso un esclavo, lo hizo arrojar á un vivero para que sirviera de pasto á las marenas, y habiendo logrado escaparse el infeliz, se echó á los pies de Augusto que cenaba en casa de su dueño, no para pedirle la vida, sino otro género de muerte.

AL NIÑO ALBERTO PEREZ DE ANAYA.

Inédita.

Mi nombre llevas, Alberto,
y el ser debes á un amigo
en la adversidad probado
y en mis bienes complacido.
Por tu nombre y por tu padre
con doble deber, dirijo
al cielo fervientes votos
y el cielo nos oye pio.
En favor tuyo le ruego,
y no temo hallarle esquivo;
que á la amistad ó inocencia
nunca cerró su oídos.
Mas no los ricos tesoros
de Creso para tí pido,
ni de la ambicion enjuda
los infaustos regocijos,
ni los velcños del ocio
ni de Acidalia los mirros,
ni de las funestas lides
el laurel en sangre tinto.
Mente sana en cuerpo sano,
vivo y noble patriotismo,
mediana y modesta suerte,
instruccion, virtud y juicio.
Virtud..... su angélico sello
grave en tí tan fuerte y fijo,
que jamás borrarle pueda
la immoralidad del siglo.
Sé de tus amables padres
gloria en tus años floridos,
de sus canas alegría,
de su senectud arrimo.
Y entre tantas bendiciones
tambien para mi suplico,
que del autor de tus dias
imites el fiel cariño;
y pueda yo, caminando

de la tumba al cierto asilo,
decir: la amistad del padre
ya reflorace en el hijo.

Sevilla 2 de julio de 1847.

ALBERTO LIETA.
(A los 72 años de edad.)

A UN ÁRBOL.

BALADA.

Árbol, ¿por qué del campo en la llanura
siempre mis pasos á buscarte van,
y al contemplar tu pompa y la verdura
siento en el alma indefinible afán?

¿Por qué si el viento en íncesante giro
tu ramaje columpia con furor,
dentro del alma á mi pesar suspiro
por cada hoja perdida y cada flor?

Acaso, acaso en tu lozana vida
algun misterio el corazon leera;
tal vez mi suerte á tu existencia unida
por impalpable vínculo estará.

¿Quién sabe si darás á mis amores
fresca sombra en tu verde pabellon;
si sentiré cubierto con tus flores
de un ángel palpar el corazon!

Tal vez robusta y ponderosa lanza
tus vástagos gigantes me darán;
tal vez cuando se logre mi esperanza
ramos tuyos mi sien coronarán.

¿Quién sabe si al cruzar los anchos mares
tú serás el timon de mi bajel,
ó de triste naufragio en los azares
la pobre tabla que me salva del!

Mas si de amor la tienda encantadora
no has de ser, ni la lanza, ni el timon,
ni la flotante tabla bienhechora
que me libre del mar y el aquilon.

¿Cuando la muerte mi destino amarus,
árbol, quién sabe si caerás tambien,
si el féetro serás en que descanse
mi helado pecho, mi marchita sien!

ENRIQUE SAAVEDRA, MARQUÉS DE AÑON.

GEOGLIFICO.

